

Estigma e Integración Laboral: Consideraciones desde la práctica

Presentación

Nuestra sociedad actual presenta una rica diversidad de etnias, razas, ideas, creencias y valores; esta diversidad se encuentra cotidianamente personalizada por los individuos que transitan nuestras calles y plazas camino de sus hogares o sus trabajos. Pareciera que todos, como individuos, respetáramos la multiplicidad de las diversas formas de ser en el espacio público y que interpretáramos una suerte de convivencia abierta y tolerante.

Cuando a diario caminamos por la calle, junto a otros, formamos parte de una escena pública en la que nuestra identidad parece resguardada por la superficialidad de un trayecto habitual, por la improbabilidad de un contacto personal no más profundo que el intercambio de un saludo ocasional o breves diálogos intrascendentes. Es ahí donde nuestro enmascaramiento, nuestra personalidad, transcurre latentemente sin otra interferencia que el barullo del tráfico, nuestro monólogo interior, o la presencia casi anecdótica del "otro" o los "otros". Pareciera esta escena urbana que se produjo ayer, que se produce ahora, que se produce siempre, una suerte de ritual público que no nos compromete demasiado. Es en esta escena donde "los otros" no son sino elementos del paisaje, identidades diluidas en esa abstracción que llamamos "gente", y a la que, como hacemos con la música, convertimos en "gente de fondo", postergada, difusa, apenas perceptible y prácticamente indivisible en unidades, en sujetos. Gente.

Postergamos a la gente, pero nos valemos de ella o la rechazamos según nos convenga. Resulta bueno, en ocasiones, buscar nuestro propio acomodo en el mullido almohadón de la gente y "ser", nosotros mismos, "gente", parte de lo impreciso. Delegar nuestra responsabilidad individual, supeditar nuestras existencia, lo que pensamos, nuestras opiniones, a lo que dice la "gente"; cuando la "gente", como tal, no es una voz unánime ni homogéna, ni se hace oír al unísono. En realidad, si lo pienso, la gente nunca dice nada; sólo dicen algo la pluralidad de sujetos que la conforman. Sin embargo, atribuimos a la "gente" cualidades positivas o negativas que en realidad corresponden

sólo a los individuos. Hablamos de la gente, y nos quejamos de ella: "La gente es insensible", decimos. "¡Cómo es la gente...!", nos admiramos, bien negativa o positivamente. Pocas veces nos detenemos a pensar que nosotros somos también "gente" para la gente.

Según quien se refiera a esa vaporosa realidad de la "gente", nos encontraremos con distintos sinónimos, igualmente globalizadores y borrosos; hablan, los políticos, de "opinión pública"; de "audiencias" los medios de comunicación; de "grupo social", de "sociedad", los profesionales especializados. En desuso parece esa entrañable vaguedad que tanta importancia tuvo durante siglos en la evolución de nuestras sociedades: el pueblo. Recientemente he leído un artículo del periodista Manuel Hidalgo en el que se habla del pueblo, y más concretamente en su condición de "irresponsable", de "inimputable". Desde ese artículo, con la brillantez y sutileza habituales de su autor, se le reprocha al pueblo su acomodamiento intelectual, el anonadamiento político, su encastillamiento acrítico, su dejarse llevar.

Otro tanto podríamos decir de la sociedad, e incluso de cada uno de sus miembros. El "socius" conoce, incluso por leyes no escritas, los requisitos de la normalidad de su grupo. Y a ellos se atiene, a veces a regañadientes, por mor de satisfacer el deseo innato de pertenencia a un grupo, de construirse a sí mismo gracias a la identificación con otros iguales. Así, si la sociedad actual demanda a sus miembros fortaleza y resolución, el "socius" famélico, dubitativo y débil enmascarará esas cualidades y aparentará firmeza, fuerza, convicción; si para pertenecer al grupo social el individuo debe aparentar lo que no es, resolverá el conflicto de modo que su disonancia respecto del grupo pase inadvertida. El "socius" sabe que su adscripción al grupo puede verse amenazada, que su silla es frágil, que debe andar con cuidado con lo que dice, con lo que hace, con lo que le sucede, y en algunos grupos, tener incluso cuidado con lo que piensa. Así que se surge en nuestros corazones la irresistible tentación de no decir, no hacer, no pensar, y no dejarse notar demasiado.

Actualmente el grupo requiere valores de eficacia, competitividad, juventud, apariencia; todos ellos requeridos por valores de orden superior, como el económico. Supeditadas a éstos, postergadas, cualidades como la sensibilidad, la empatía, el afán de conocimiento, se vuelven poco menos que meras actitudes e inquietudes de rango menor, prescindibles, cuando no arriesgadas. Y aun habría dos condiciones vitales que no son sólo degradadas, sino que disturbán drásticamente la pertenencia al grupo: la enfermedad y la muerte. Ambas realidades atentan contra la ficticia estructura de nuestros mundos artificiales, donde todo es firme, fuerte, y de tan firme, y de tan fuerte, nos parecieran imperecederos y preservados de todo infortunio. La muerte no existe; el socius sólo muere en lo privado, donde es llorado e incluso será añorado por sus allegados, co-habitantes de la privacidad. En lo público, la muerte no existe, no juega, afea el **escenario cognitivo que es la calle** y se ve reducida a la frialdad de un número, al tanto por ciento extraído de una estadística, también fría. La enfermedad, in-firmus, lo que no es firme, afea, desluce, y aun peor, remite a lo que somos y a nuestra voluntariamente ignorada condición mortal. Para salvaguardarnos de su desasosegante apariencia, recluimos los efectos de la enfermedad en grandes edificios donde la gente o sana y se reincorpora, o regresa a los márgenes de la sociedad signado por la marca infamante del estigma.

Cosa peculiar en este raro mundo es la enfermedad mental. El socius muere de miedo y huye de esa realidad de la que quiere enajenarse, como si con él no fuera. Es un estigmatizador, podríamos decir, por "omisión", un negador que así se salva de saber y de sentir sobre una realidad que intuye sórdida, incomprensible, amenazadora. Este sujeto se dispensa de la posibilidad de conocer, y prefiere ampararse en el rasgo impreciso del estereotipo, en el prejuicio vagamente construido por ideas adquiridas de aquí y allá, sin orden ni concierto; de nuevo, como la música, "problemas de fondo".

Y pudiera ser comprensible esta actitud negadora del estigmatizador "por omisión", en cuanto que la sociedad actual exige a sus miembros una suerte de distanciamiento interpersonal, casi aséptico, que le permita mantener aparentemente el control de la situación, el control de lo que se hace y el

control sobre lo que se piensa; todos conocemos ejemplos de personas que, contra toda lógica, siempre tienen “toda la verdad”, “toda la razón”, reyes de espadas de “todo lo que dicen”. Estos estigmatizadores por “omisión” nunca dudan, ni sufren, ni titubean; simplemente actúan enarbolando immaculadas y universales banderas de la razón a machamartillo. Esto sostienen ellos, por más que la duda y el sufrimiento parezcan a otros pilares del conocimiento, verdaderas aulas universitarias donde aprender el *abecé* de lo humano.

El prejuicio denota una actitud de negación y una pereza intelectual que no quiere ir más allá de un conocimiento superficial. La enfermedad mental se levanta ante el estigmatizador como si fuera el *cuadro de Dorian Grey*, que le muestra una imagen esperpéntica que intuye podría ser, algún día, la de sí mismo o la imagen de sus allegados. Y si así fuera, si el *socius* perdiera toda la razón, perdiera el control de sí mismo, perdería igualmente la identidad social y peligraría su cómoda pertenencia al grupo. Pudiera estar aquí el origen de la ocultación de algunas enfermedades mentales, como la depresión, que aun son interpretadas como consecuencia de condiciones humanas desacreditadas, tales como la debilidad, la fragilidad, la inseguridad personal. Incluso muchos profesionales de la Salud Mental esconden sus propios diagnósticos ante el temor de ser señalados como *socius* no íntegros, no enteros. A este respecto, cabe señalar aquí un fenómeno que viene ocurriendo y que es heredero de actitudes de otros colectivos discriminados. Me refiero a lo que coloquialmente se ha dado en llamar “salir del armario”, donde el armario es el lugar donde se encuentra oculto el sujeto que encarna al grupo discriminado; el armario, la ocultación, habría sido el único amparo ante lo generalmente aceptado por la opinión pública, la gente, el pueblo, las audiencias, etc. Se trata de un gesto individual con tintes casi heroicos, pues es el individuo a solas quien se enfrenta al juicio social en su propio beneficio y en beneficio reivindicativo del grupo al que pertenece. Este fenómeno, de indudable eficacia anti-estigmatizadora por cuanto supone dotar de rostro y rasgos humano a difusos colectivos discriminados (la homosexualidad, como pionera de este saludable ejercicio individual y grupal), empieza a atisbarse en la aparición de diferentes personas que reconocen en público sus desórdenes psíquicos más o menos graves. Vuelvo a nombrar aquí al periodista Miguel

Hidalgo, con sus recientes libros sobre la ansiedad y la hipocondría, y al realizador televisivo Ibañez Serrador, que con pasmosa naturalidad tomó un Tranquimazin durante una entrevista en directo. Estos testimonios, acaso en principio sólo anecdóticos, quizá contribuyan poco a poco a desmitificar ciertos problemas de Salud Mental y a demostrar a quienes las padecen en secreto, al menos que no están solos en su sufrimiento ni son, por sus padecimientos, "disitntos a los otros".

Al final de nuestro trayecto público nos involucramos en nuestro ámbito privado, en nuestro hogar, o en ese ámbito laboral, el trabajo, donde conviven aspectos tanto de lo público como de lo privado. Aquí ya las personalidades se evidencian, las identidades afloran y alcanzan nitidez; aquí la gente deja de ser "gente" y se perfila como individuos equivalentes a uno mismo. Aquí ya no vale la máscara impresionista, el trazo grueso y empastado, aquí ya no vale la fácil generalización; en el ámbito privado comienza el juego, la participación individual. En lo privado nos encontramos, de repente, con la necesidad de pensar, de actuar, de decidir y, por tanto, de una imperiosa obligación de desenmascaramiento.